

debía partir allá el rey so pretexto de celebrar córtes generales á la corona de Aragon, pero llevando delante para hacerse obedecer un ejército numeroso, compuesto de todas las tropas y de todas las armas que habia diseminadas en todas las provincias de la península.

Tomado por la junta este peligroso acuerdo, tratóse del nombramiento de general en gefe y desechados unos por los inconvenientes personales, otros por envidia del conde-duque, recayó la eleccion en el marqués de los Velez don Pedro Fajardo, hombre de mejor deseo y de mas confianza en sí mismo, que de aptitud y de esperiencia para el caso. Diéronsele entre otros títulos, para que fuera mas condecorado, el de virey de Aragon, capitán general del ejército y general del mar de Flandes. Se mandó que todas las galeras se acercáran á la costa de Cataluña, se señaló á Zaragoza por plaza de armas del reino de Aragón y de Castilla, se hizo llamamiento á todas las plazas de Galicia, de Portugal, de Andalucía, de Aragón y de Mallorca.

Mas no habian estado entretanto ociosos los catalanes. Viéndose amenazados de guerra, se prepararon á resistirla. Barcelona se proveyó de armas y municiones, y armó compañías á presencia del obispo virey, y la diputacion convocó á córtes á los prelados, grandes, magistrados y barones del principado para tratar de los medios de defensa. Juntáronse pues, y se pa-

saron dias en pronunciar los acalorados discursos que en casos tales inspiran siempre la ira y la desesperacion. Con mucha dignidad y mesura, con gran elocuencia, y con copia de robustas razones habló en favor de la paz el obispo de Urgél. Mas como en tales asambleas es por lo comun mejor escuchado el que habla con mas calor y halaga mas las pasiones populares, hízoles mas sensacion el vehemente discurso que alentándolos á la guerra pronunció despues el canónigo de aquella misma iglesia don Pablo Claris, enemigo del obispo, ambicioso, turbulento, fanático por la libertad, y el mismo que antes habia sido preso por el conde de Santa Coloma y libertado despues por el pueblo (4). Todos pues se adhirieron con aplauso á la opinion del canónigo Claris, y se resolvió la resistencia armada. En su virtud se señalaron las plazas de armas, se hicieron alistamientos, se nombraron oficiales, se hizo el auxilio de los aragoneses como sus

(4) Despues de concluir la primera parte de su discurso á desacreditar al prelado y desvirtuar sus palabras, decia entre otras cosas el acalorado canónigo: «Decidme, si es verdad que en toda España son comunes las fatigas de este imperio, ¿cómo dudaremos que tambien sea comun el desplacer de todas sus provincias? Una debe ser la primera que se queje, y una la primitiva que rompa los lazos de la esclavitud: ¿á esta seguirán las mas: ¡oh! no nos escuseis vosotros de la gloria de comenzar primero. Vizcaya y Portugal ya os han hecho señas...» Aragon, Valencia y Navarra bien es verdad que disimulan las voces, mas no los suspiros; lloran tácitamente su ruina, y ¿quién duda que cuando parece están mas humildes, están mas cerca de la desesperacion? Castilla, soberbia y miserable, no logra un pequeño triunfo sin largas opresiones, preguntad á sus moradores si viven envidiosos de la accion que tenemos á nuestra libertad y defensa... ¿Dudais del amparo de Francia, siendo cosa indudable? Decid de que parte considerais la duda, etc.» Melo, Historia de los movimientos, etc., lib. II.

naturales hermanos, y lo que fué peor, y aun atendida su desesperacion no se podrá nunca disculpar, entablaron negociaciones para obtener la proteccion y el amparo del rey de Francia, que era lo que con mucha prevision habia pronosticado en la junta de Madrid el conde de Oñate.

Grandemente le vino á Richelieu, que á la sazón se hallaba en Amiens, y no desaprovechó la buena ocasion que se le presentaba de vengarse del monarca español, segregándole una de las mas importantes provincias. Recibió con mucho agasajo al enviado de Cataluña, Francisco Vilaplana, y sin entrar en los pormenores y circunstancias de la manera como el astuto cardenal supo continuar estas negociaciones con el monarca francés y con los embajadores catalanes, y del modo como disculpaba que el soberano de una gran nacion se declarara protector de los rebeldes y sediciosos de otra, baste decir que por resultado el ofrecimiento por parte del francés de dos mil caballos y seis mil infantes pagados por la generalidad de Cataluña, con los oficiales y cabos que le pidiesen, mediante tres personas por cada uno de los tres brazos que Cataluña le daria en rehenes, y no pudiendo los catalanes hacer paces con su rey sin la intervencion y el consentimiento de el de Francia.

De este estado de cosas ya no podian augurarse sino calamidades para España. El conde-duque de Olivares las hizo mayores; mostrándose tan desacertado

en el uso y empleo de la fuerza como lo habia estado en el de la política. Dióse orden á todos los capitanes y gobernadores de las plazas para que estuviesen prontos á obrar. El marqués de los Velez escribió desde Zaragoza á la ciudad de Barcelona, manifestando su grande amor á los catalanes, y diciendo que su ejército iria solo á restablecer la paz y la justicia de que tenian privado al pais los sediciosos, que no molestaría ni hostilizaría á los habitantes leales, ni castigaría sino á los rebeldes. La diputacion le contestó que esta ba resuelta á no admitirle ni con ejército ni sin él. Mucho alentó sin embargo al de los Velez y á los castellanos la entrada de las tropas en Tortosa por industria y arte de don Luis de Monsuar, gobernador que habia sido de la plaza, y cuya recuperacion habia negociado con los naturales, entre los cuales tenia parientes y amigos. La posesion de esta plaza facilitaba el paso del Ebro al ejército del rey. Los sediciosos de ella á los pocos dias condenados á muerte. Mas pronto sobrevinieron contratiempos que neutralizaron bien aquella ventaja.

Mandaba las armas en el Rosellon don Juan de Garay, hombre que habia llegado á aquel puesto pasando por todos los grados de la milicia, y por lo tanto gozaba la reputacion de activo y hábil en el arte de la guerra. El 23 de setiembre (1640) salió Garay de Perpignan con una buena division resuelto á castigar á los de Illa, que andaban en tratos con los franceses.

Acompañábanle los obispos de Urgél y de Elna. Defendiéronse los paisanos de la villa con tal heroísmo, que á pesar de no estar defendida sino por unas tapias y una torre vieja que fueron destruidas á los primeros cañonazos, fueron rechazados los soldados de Garay al asaltarla con pérdida de doscientos hombres y siete capitanes. Hizo venir Garay mas artillería de Perpiñan y puso el sitio en toda forma. Al segundo asalto anduvieron nuestros soldados tan flojos, que por mas que Garay los alentaba marchando delante con una pica, tuvo que ordenar la retirada. Acercóse en esto un cuerpo de franceses mandado por el mariscal de Schomberg y por Mr. d'Espanan (29 de setiembre), y consiguieron ademas hacer entrar en la villa doscientos catalanes. Con este refuerzo ya no se atrevieron los nuestros á atacarlos, lo cual llenó de orgullo á los catalanes, proclamando que si un gefe como Garay habia sido vencido por los paisanos en una villa tan mal fortificada, bien se atreverían ya batirse sin miedo con las tropas mas aguerridas del rey; Garay se limitó á guarnecer de artillería las plazas, á lo cual se debió que no se perdieran de pronto.

Los ministros del rey, que ni acertaban á ser fuertes, ni sabian la manera de ser templados, discurren varios medios, en la ocasion mas inoportuna, estando reciente la declaracion de guerra, para traer á concierto á los catalanes. Valiéronse primero del nuncio de Su Santidad para que viera de exhortar á los

eclesiásticos que en el confesonario, en el púlpito y en las conversaciones no cesaban de escitar á los revoltosos animándolos á la defensa de sus fueros. El nuncio, vencidos no pocos reparos y dificultades, se decidió á escribir al clero, á llamar al canónigo Claris, y á llegarse hasta Lérida; pero enviéronle á decir que no pasára de aquella ciudad, y que de allí podia remitir las cartas. Este desaire fué el término bochornoso que tuvo aquella mediacion, y que vino á justificar la repugnancia con que habia procedido el legado del papa. No fué mas feliz el conde-duque en la propuesta que despues hizo á la diputacion de Barcelona, ofreciendo á nombre del rey que sacaría las tropas de la provincia, con tal que consintiera en dejarle fabricar dos fortalezas, una en Monjuich y otra en la casa de la Inquisicion. Los barceloneses, que comprendian demasiado que esto equivalia á sujetar la ciudad á su dominacion, dieron por toda respuesta una áspera negativa. El conde-duque que discurrió luego el conde-duque, que fue á enviar á Barcelona á don Pedro de Aragon, marqués de Povar, hijo segundo del de Cardona, so pretexto de asistir á las córtes, pero con la mision secreta de negociar una transaccion, tuvo todavia peor éxito. Comenzaron los catalanes á mirar al marqués con recelo, á observarle despues como sospechoso, y concluyeron por encerrarle en una prision, so color de librarle de la furia del pueblo.

Trabajaba por su parte el marqués de los Velez en

Zaragoza, ya por separar la causa de Aragon de la de Cataluña, porque temia que los aragoneses entraran tambien en tentacion de reclamar sus fueros, en cuyo caso la causa del rey era perdida, ya para que ellos mismos sirvieran de medianeros para con los catalanes. Y esto lo consiguió, enviando la ciudad uno de sus principales caballeros á Barcelona, el cual fué muy bien recibido y entró en amistosas conferencias y tratos con los catalanes, no obstante hallarse éstos resentidos de haberles faltado Aragon á la ayuda y socorro que le habian demandado. Mas como quiera que aquellos pusieran por condicion precisa para cualquier acomodamiento que el rey mandára cesar la guerra del Rosellon y sacára las tropas del Principado, volvióse don Antonio Francés, que era el comisionado, á Zaragoza, con el convencimiento de que no habia mas medio de reduccion que la fuerza.

Dióse pues orden al de los Velez de dividiendo el ejército en tres cuerpos en Cataluña, con el uno por el llano de Urgel, con el otro por Tortosa, que allanando los lugares del campo de Tarragona se acercára á Barcelona, y que el tercero que era el mas escogido y le habia de mandar en persona el mismo rey, se quedára en la frontera para entrar y acudir cuando y donde conviniese; y se mandó al mismo tiempo á Garay que con la tropa del Rosellon se pusiera en marcha á Barcelona para atacar en combinacion la ciudad. Proponia Garay, como mas prác-

tico, que atravesára el ejército de Cataluña hasta el Rosellon con el objeto de impedir el socorro de Francia, y este plan hubiera sido el mas acertado, pero no se siguió, y se ordenó á Garay que embarcándose con la gente que pudiese viniera á unirse con el ejército que marchaba hácia Tarragona.

Inspiraba poca confianza en la córte el marqués de los Velez para una empresa de tanta importancia, y deseando reemplazarle con otro general de mas talento y esperiencia, cada cual proponia el que era de su particular afición, designando unos al de los Balbases, otros al de Monterrey, otros al almirante de Castilla; y entretanto pasábase el tiempo sin hacer nada, y dábanse al de los Velez las órdenes mas diversas y contradictorias, poniéndole en no poca confusion y conflictos, sin acertar en lo que habia de hacer, ni sabia como habia de acertar. Por otra parte los aragoneses iban de mala gana á la guerra, y menos dispuestos á luchar que á favorecer en secreto á los catalanes. Los soldados se iban desertando, y el ejército se halló menguado en una tercera parte. A su ejemplo los quintos de Castilla se volvian tambien á sus casas: atribuíase á falta de vigilancia de los gefes, y fué preciso enviar á Alcañiz al marqués de Torrecusa Carlos Caracciolo, para que castigára á los desertores con todo el rigor de la ordenanza militar y viese de contener por todos los medios de desercion.

Habian tomado los catalanes ya sus disposiciones

para resistir á los ejércitos del rey, hecho levas, formado tercios, nombrado cabos, y enviado comisionados especiales, entre ellos el conseller en Cap, para tomar algunos puntos, y principalmente el Coll de Portús, y el Coll de Balaguer, con el objeto de impedir por una parte la union de las tropas del Rosellon con las de Castilla, de interceptar por otra la marcha de los castellanos.

El marqués de los Velez salió de Zaragoza el 8 de octubre, dirigiéndose á Alcañiz, donde recibió el nombramiento de virey y capitán general de Cataluña, reemplazándole en Aragon el duque de Nochera. Fué menester prorogar las córtes convocadas para aquella ciudad, porque el rey no pensaba todavía ir á celebrarlas, ó por mejor decir, las habia convocado con el fin de entretener á los valencianos y aragoneses; y cuando se vió que estos mostraban ya alguna impaciencia por su tardanza, tomaron ciertas disposiciones para aparentar actividad de la ida del monarca, pero que revelada por su lentitud poca ó ninguna resolucion de cumplirlo. El marqués, pasada revista general á las tropas, puso en movimiento el ejército, enviando cada tercio á su respectivo destino, y él se encaminó con el mas grueso á Tortosa. Los catalanes, que estaban en gran número del otro lado del Ebro con ánimo al parecer de disputarle el paso del rio, comenzaron á provocar á los soldados con injurias y con denuestos soeces á su rey y

á su gobierno. Irritada con esto la soldadesca, una parte de ella pasó el rio sin que pudieran impedirlo los oficiales, entró en los pueblos, robó é incendió casas, mató y degolló gentes, hasta que acudieron los oficiales y les hicieron volver á sus puestos. A los pocos dias entró el virey marqués de los Velez en Tortosa con gran pompa y aparato, acompañado de lo mas lucido de todo el ejército.

Habia el de los Velez de prestar en Tortosa el juramento acostumbrado de guardar los fueros y privilegios del pais, sin cuya formalidad no podian los vireyes, segun las leyes del Principado, ejercer su autoridad. Aunque se llamó por edictos á todos los procuradores y síndicos de las villas y ciudades, solo asistieron por temor los de los lugares inmediatos, y ante éstos, y ante el baile general y el magistrado de la ciudad prestó el marqués su juramento en manos del obispo de Tortosa. Entráronle luego escrúpulos sobre la contradicción que habia entre lo que habia jurado y la mision que llevaba. Pero sacóle su confesor del embarazo, diciéndole que bien podia jurar guardar á los catalanes sus privilegios, entendiéndose mientras fuesen obedientes á su soberano; que si ellos no cumplieran esta condicion quedaba libre del juramento, con lo cual se tranquilizó la conciencia del marqués. Mas los catalanes no dejaron de proclamar que aquel acto era nulo; y considerándole la diputacion como un insulto y una nueva violacion de sus fueros, declaró que los

que obedecieran al virey serian mirados como extranjeros y enemigos, incapaces de todo cargo y empleo en guerra y en paz. Y para persuadir al pueblo de que su causa era la de Dios, mandó hacer rogativas públicas y procesiones solemnes en todo el Principado, en desagravio, decia, de los insultos hechos á la religion y al Señor Sacramentado por los ministros y soldados del rey de Castilla.

Llegó ya el caso de hacer su oficio las armas; y comenzó la guerra por una salida del gobernador de Tortosa, don Fernando Tejada, que dió por fruto arrojar los catalanes de las inmediaciones de Cherta, apoderarse de esta villa, sita en un hermoso terreno en la ribera del Ebro, saquearla los soldados, y entregar la mayor parte de ella á las llamas.

Corrió don Fernando la tierra, dispersándose con frecuencia sus tropas para robar, dejó en Cherta quinientos walones de guarnicion, y volvió á Tortosa. Los walones fueron un dia sorprendidos en la villa por una compañía de miqueletes, mas luego que aquellos se repusieron trabóse una reñida pelea en que perecieron muchos catalanes. Esto y una expedicion de don Diego Guardiola con el regimiento de la Mancha y algunas otras compañías, con cuya fuerza entró sin resistencia en Tivenys, unido á un edicto de perdon que publicó el marqués de los Velez para los que voluntariamente abandonáran la rebelion y se sometieran al rey, redujo á la obediencia los pueblos de la

comarca de Tortosa, sin que sirviera á los catalanes ofrecer á su vez indulto á los que desertáran de las banderas reales, y se retiráran á su pais, ó quisieran servir á su república.

Componíase el ejército del marqués de veinte y tres mil infantes, castellanos y aragoneses, con algunos regimientos irlandeses, portugueses, italianos y walonés: de tres mil caballos, mandados por don Alvaro de Quiñones, el duque de San Jorge y Filangieri; de veinte y cuatro piezas de artillería, con doscientos cincuenta oficiales del arma, ochocientos carros y dos mil mulas de tiro. Con este ejército se puso en marcha el 7 de diciembre, camino real del Coll. Ocupaban los catalanes á Perelló, pequeño lugar, pero en posicion muy fuerte á la mitad del camino. La gente era colecticia y no acostumbrada todavía á las armas, y así cuando vieron alojarse tanta tropa en derredor del pueblo cayeron de ánimo muchos; la resistencia duró un dia; al siguiente hizo su entrada el marqués en Perelló; quemaron los soldados algunas casas, quedó guarneciendo el pueblo don Pedro de la Barreda con alguna gente, y el ejército continuó su marcha hácia el Coll de Balaguer, por un camino falto de aguas, y en que solo se encontraba tal cual laguna casi enjuta y algunos charcos encenagados. En ellos apagaban los soldados la sed: no faltó quien propusiera envenenar aquellos lagos, pensamiento que sentimos le ocurriera á ningun español,

cuanto mas al conde de Zaballá, gobernador de las armas catalanas en aquella frontera, que lo propuso al que mandaba en el Coll <sup>(4)</sup>.

Tenían los catalanes toda su confianza en la defensa del Coll, no solo por su natural fortaleza, como situado entre montes, valles y precipicios, sino tambien por las cavas, reductos y trincheras que habian hecho defendidas con alguna artillería. Creíanse pues allí inespugnables, y figurábanse que no habia fuerzas bastantes para desalojarlos de aquellas asperezas. Mas luego que vieron una parte del ejército real trepar denodadamente por las alturas, y cuando sintieron los certeros tiros de la artillería de Torrecusa, y ponerse luego en movimiento toda la vanguardia, bisonos como eran todavía los paisanos que formaban aquella guarnicion, apenas hicieron media hora de fuego con sus cañones, arrojaron las armas, y huyeron abandonando las fortificaciones, que ocupó castellana, á quien vinieron bien los ví municiones que en ellas habia. Acometidos después los catalanes en sus cuarteles, refugiáronse á los montes, desde los cuales hacian fuego y arrojaban proyectiles á los castellanos. Tomado el Coll, avanzó el de los Velez con el grueso del ejército á reunirse con la vanguardia, y ordenó á Torrecusa que bajase al campo de Tarragona. Hízolo así, y apoderóse del Hospitalet, donde

(4) Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, lib. IV.

habia estado alojado el conde de Zaballá, entre cuyos papeles halló noticias sumamente útiles acerca de las disposiciones de los enemigos, y por ellos supo tambien que la diputacion no estaba segura de la fidelidad de Tarragona, porque habia en la ciudad muchas personas afectas á la causa del rey.

Barcelona, con noticia de lo acaecido en el Coll y en el Hospitalet, túvose por perdida si pronto no recibia socorros de Francia, y así despachó correos á Mr d'Espanan rogándole no dilatase un momento su venida. Así lo cumplió el general francés, poniéndose inmediatamente en movimiento con tres regimientos de infantería y mil caballos. Recibióle la ciudad con júbilo, alentáronse sus moradores, y de la gente de los gremios y cofradías se formó un tercio que se llamó de Santa Eulalia, y cuyo mando se dió al tercer conseller Pedro Juan Rosell. Pasó Espanan desde allí á Tarragona donde habian huido los naturales, atemorizado por las derrotas del Coll y del Hospitalet: sin embargo, encerróse allí el general francés con su tropa y con algunas milicias del pais que precipitadamente pudieron recogerse.

Dirigióse el marqués de los Velez á atacar á Cambrils, pequeña villa en la costa del mar, defendida solo por unas viejas murallas, donde le dijeron haberse recogido los catalanes con objeto de estorbar la marcha del ejército real, por lo menos hasta dar tiempo á la diputacion para hacer sus levadas y poner en es-